

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 5

**LOS PUÑOS DE TOM TYLER**



*En Hollywood imponía la ley del puñetazo...*

# LOS PUÑOS DE TOM TYLER

## I

**L**o que aquella terrible noche les ocurrió a los dos huérfanos, difícilmente lo olvidarían en lo que les restase de vida.

Ella, Lucila, bella como un hasta chiquitina y radiante, era la mujercita, el genio tutelar del hogar, y apenas contaba quince años. Su hermano Luisín tenía dos años menos. Pero su cuerpecillo gracioso y débil, albergaba un corazón de héroe, un alma de gigante.

Habitaban ambos una rústica casita perdida entre la nieve del monte de San Bernardina, no lejos del cual, el padre de los dos huérfanos poseyó en otro tiempo cierta mina.

En aquel desierto blanco, frío y hostil, Lucila y Luisín Roberts eran como dos naufragos en el vasto y peligroso mar...

Se habían quedado huérfanos de padre hacía pocos meses—a su santa y abnegada madre la perdió en la guerra—, y un socio de aquél, hombre tan probo como bondadoso, subvención a las necesidades de las desvalidas y miserables criaturas.

Aquella noche, repetimos, las fuerzas ciegas e injustas del destino forjaron y ensabonaron un eslabón más de la cadena de desdichas que arrastraban los dos huérfanos.

Mientras los dos hermanos, en la tranquila, inocente y suave paz de su humilde hogar se disponían a retirarse a descansar, después de reír sus ferocesas bromas de costumbre, afuera se desarrollaba, en el misterio y la obscuridad del

reino de la noche, un horrendo drama...

A poca distancia de la aspeable y sencilla morada, un malvado, el bandido de aquel océano de nieve, Samuel Anderson, estaba al acecho como un tigre que se prepara a soar sobre su codiciada y descuidada presa...

Otro bribón de su ralea sin conciencia y de tan sanguinarios instintos como él, se hallaba a su lado...

—¡No tardará en venir! —susurró de pronto el feroz Anderson a su compañero—. ¡Sé que esta noche ha de visitar a los dos huérfanos... porque lo he espiado esta tarde varias horas y lo he seguido como su propia sombra!

«Venidó hace pocos días la mina de que era copropietario con el difunto Luis Roberts, y sin duda trae una cartera abarrotada de billetes para los dos huérfanos...

«¡Se la quitaremos y si se defiende y resiste, le quitaremos además la vida! ¡Su dinero para nuestros placeres y su alma para el diablo!

«¡Ya lo veo! ¡Miralo! ¡Viene por allí! Dentro de unos momentos pasará por nuestro lado, y... ¡soberbio golpe a nuestro, compadre!... ¡Después celebraremos nuestra afortunada hazaña en el rancho de nuestro amigo Jaime Waster!

Los dos bergantes se ocultaron tras uno de los corpulentos abetos que flanqueaban el camino alfombrado de nieve que recorría el protector de los pobres huérfanos con sus ligeros pies.

Lo separaban tan sólo unos cincuenta metros de la rústica morada de aquéllos cuando le salieron al

puso el desalmado y brutal Anderson y su digno cómplice.

Ambos empuñaban un revólver, y el primero inclinó al confiado viajero con su voz bronca y amenazadora:

— ¡Alto y las manos arriba hasta tocar las estrechas, si no quieres que te regale cuatro tiros!

La sorpresa más que el miedo paralizaron al valeroso minero.

Sin embargo, obedeció, aunque sus ojos miraban amenazadoramente a los dos bandidos.

— ¿Qué queréis?

— El dinero!

— ¿Con el que lleva encima no tendrías ni para comprar una botella de *whisky*? — respondió con cierta ironía Blindale. — ¡Basta-triste! si no me creéis!

Una horrible blasfemia escapóse de la garganta de Anderson cuando se hubo convencido, registrando rápidamente a la víctima, de que ésta no menta...

Y repitió:

— ¡El dinero o la vida! ¡Pronto!

— ¡Podéis quitarme la vida, va que mi bota está exhausta, como habéis comprobado!

— ¿Dónde está el dinero? ¿Dónde lo ocultas? ¡Pronto! ¡Responde! ¡Y responde la verdad porque lo va en ello la vida!

— ¡La verdad es que estáis equivocados! ¡Que me creáis rico y no lo soy! ¡Dejadme, pues, proseguir mi camino!

— ¡El camino que vas a seguir, si no dices pronto dónde guardas el dinero que te dieron por la venta de la mina, es el del infierno! ¿Comprendes?

El minero Blindale encogiose despreciativamente de hombros.

— ¡Asesinadme — dijo impasible — si vuestros instintos de fiera os impulsan a derramar mi sangre! ¡Pero mis labios no dirán lo que os quieren decir!

— ¡Mil rayos! Entonces, entonces... voy a enviarte a los infiernos!

A estas palabras siguió un rugido de cólera y de dolor.

El bravo minero asió a su enemigo en pleno rostro un formidable puñetazo que lo hizo tambalearse como un ebrio e intentó arrebatárle el arma que escondía su diestra.

Pero el revólver cayó al suelo, y cuando Blindale se arachó para cogerlo, sonaron dos disparos.

El cómplice de Anderson había hecho fuego. Blindale, mortalmente herido, llevóse ambas manos al pecho, y rugiendo como un león, alejose con paso vacilante, mientras sus agresores hacían lo mismo con toda la velocidad de sus piernas, en dirección contraria.

Comprendiendo Blindale que se acercaba su fin inexorablemente, luchaba para retardarlo.

— ¡Es preciso que yo vea a esos desvalidos niños... y los diga!...

¡Dios mío, dame un poco más de fuerzas!... ¡No veo casi!... ¡Ah!

¡Que silencio... qué obscuridad!...

¡Malvados! ¡Cobardes! ¡Auxilio!

¡Auxilio! ¡Dios justiciero, no me desampares... antes de que cumpla... mi misión!... ¡Luzero, recoge mi alma... y castiga mi muerte con tu inexorable justicia!

«Ah... estoy ya cerca... sólo me faltan unos cuantos pasos... y se me acaban las fuerzas... ¡Qué frío tengo!... ¡Es esto la muerte!... ¡Luzero!... ¡Luzero!...

Sus gritos no fueron inútiles.

Huban llegado hasta los oídos de los dos asesinos que también, un cuarto de hora antes, perturbaban las dos detonaciones que habían turbado el imponente silencio de la noche.

Luzero había exclamado:

— ¡Dos tiros! Reina de los cielos, amonados! ¡Hae sido, Luzero!

— ¡Sí!... ¡Pero no te agustes, hermano! ¡Acaso ignores que a veces algún loco, furioso de hambre, se atreve a acercarse a nuestra morada? ¡Muchas noches han inte-



rumplido sus áulidos nuestro sueño!...

«¡Además, ya sabes que se necesitan bien el fusil de nuestro padre!...

—¡Silencio! ¡Oigo voces humanas! Alguien se acerca... ¡Virgen de la Soledad! ¡Madre mía, pro-



*Preguntó por la dirección de los huérfanos...*

légneme desde el cielo... si nos ves en este angustioso instante!

«¿Qué puede haber ocurrido ahí fuera? ¿Que peligros nos amenazan, hermano?»

El intrépido muchacho respondió:

—¡Voy por el fusil!

Sin embargo, no tuvo tiempo de separarse de su hermana.

Más cercanas cada segundo, en la noche silenciosa, crecíanse las entrecortadas y desahinadas palabras del misero Blindato.

¡Dios misericordioso... murmuró Lucita... esa voz... esa voz la conozco bien!

—¿Y yo?—añadió Luisín— Esa voz es la de nuestro protector!...

—¿Nos llama? ¿Oyes?

—Sí... ¡Voy a abrir la puerta!

Y uniéndose la acción a la palabra, el valeroso huérfano se precipitó hacia el exterior de la humilde morada... seguido de su hermana.

Abrieron la puerta...

Brilló una luz en las tinieblas y las juveniles figuras de los dos

huérfanos se destacaron como dos sombras sobre la nieve.

El herido las reconoció en seguida, y reuniendo toda la energía que aún conservaba su organismo, balbuceó:

—¡Auxiliaosme, muchachos!...

—No puedo más! ¡Venid pronto, Lucita!

Los dos huérfanos evitaron que su protector se desplomase sobre el suelo, quizás para quedar en él inerte como una piedra.

Apoyado en ellos, el desgraciado consiguió guarecerse, penosamente, bajo el hospitalario techo de sus jóvenes y patiosos amigos.

—¡Sangre!—exclamó Lucita con sus ojos de cielo agrandados por el horror, viendo manar del pecho del señor Blindato el rojo líquido como vida que escapa.

—Me han herido... me han asesinado! Me muero! ¡Escuchadme! ¡dado el agonizante!

—¡Vamos a curarlo! ¡Animo, señor!—exclamó Luisín.

—No, no... os mováis de mi lado!...—añadió el infeliz—. ¡Todo es inútil! ¡Dios y su divino Hijo se apiaden de mí! Pero... antes de morir quiero deciros... que vendí... la mina... cuya mitad era vuestra... y el dinero... está guardado... ¡Ah! No... puedo guardarlo... en... ¡Adiós! ¡Señor... piedad!...

Agitó una violenta convulsión el cuerpo del desgraciado, contrajo su rostro una espantosa mueca de dolor y su boca se cerró para siempre.

Los dos huérfanos prorumpieron en un llanto desgarrador.

¡Cuán solos se habían quedado, y cuán desamparados, sobre la vasta superficie de la tierra, perdiendo al único ser que los protegía y los quería!

«¿Cómo lucharían y se defenderían ahora en las tempestades de la vida?

Cuando su hondo dolor, algo mitigado por la vivida del llanto, les permitió pensar en su terrible si-

tuación y lo que debían hacer, el valiente y animoso Luistín declaró:

—¡Es preciso avisar a la justicia! ¡No creas lo mismo, Lucila?

—Sí... pero es de noche... la casa del *sherif* está muy lejos.

—¡Yo iré a verlo!—le interrumpió Luistín—. Al galope de mi bravo poney (1) llegaré antes de una hora a la morada del *sherif*.

—¿No sería preferible ir al rancho de Waster? Está mucho más cerca.

—Waster es un hombre malo?

—Si al menos fuese de día!—suspiró Lucila, a quien la idea de quedarse sola con el muerto le infundía un espanto sin nombre.

Dotado de esa prodigiosa inteligencia que en la infancia solamente se adquiere a fuerza de dolores y desdichas, Luistín advino el pensamiento que dictara a su angélica hermana aquellas palabras, y dijo:

—¿Tienes miedo de velar tu teta a nuestro bienhechor, verdad?

Lucila hizo un gesto afirmativo.

—Entonces esperaremos que amanezca para ir los dos a avisar al *sherif*.—Yo no tengo miedo, hermanita! ¡No lo tengas tú tampoco! ¡Porque si en vida nos quiso tanto el pobre señor Blindale, ¿qué hientes de tener de él ahora que ha cesado de existir?

—¡Sin duda él, lo mismo que nuestros padres queridos, nos protege desde lo alto!

—No, no olvidarían tan fácilmente los dos huérfanitos aquella aciaga noche mientras viviesen!

## II

Las pesquisas hechas por la justicia al día siguiente y en los sucesivos para averiguar quién o quiénes habían asesinado a Blindale, no dieron resultado alguno.

Y, sin embargo, los autores del nefando crimen no se hallaban le-

jos de la rústica morada de los huérfanos.

El rancho de Waster era una madriguera a la que acudían todos los bribones y malhechores de la comarca, y su propietario el conserjero, encubridor y auxiliar de cuantas fechorías llevaban a cabo.

En aquella finca se habían refugiado el siniestro Anderson y su cómplice, una vez cometida su criminal hazaña.

Apenas vió el ranchero al execrable forajido del *desierto blanco*, resplandeció en sus ojos un repugnante fulgor de codicia.

—¿Ha habido suerte?—preguntó.

El torvo semblante de Anderson se ensombreció y meneando negativamente la cabeza dijo luego con su voz bronca y aguardentosa:

—¡El diablo está en contra mía!

¡Venimos con los bómiles vacíos!

—¿No habéis, pues hallado a Blindale?

—Sí.

—Entonces...

—¡Sólo llevaba encima unos co-



Tom Tyler y Lucila.

sesos dólares!... ¡Que el infierno lo trague!

—¿Qué está achicharrándose ya en los entres de Satanás? añadió el cómplice de Anderson, sonriendo atominablemente.

—¡Cómo! Lo habéis... —balbuceó Waster palidociendo y sin atreverse a terminar su pregunta.

(1) Raza caballar de poca alzada.

Encorizase de hombros el handido, declarando con espantosa frialdad:

— Este le ha metido dos batanes en el cuerpo... y sin duda en estos momentos se halla tendido sin vida en la nieve!

— ¿Dónde lo asesinasteis?

— *Cerca del Hecudo del truble* — repuso Anderson.

— Por lo tanto, iba a casa de su difunto socio Robert?

— Exactamente!

El propietario Waster guardó silencio, meditando sombriamente.

Una sospecha cruzó por su espíritu, pero tuvo buen cuidado de no revelarla a la execrable pareja.

Indudablemente se dio para sus adentros, los huérfanos tienen ya el dinero en su poder. Pronto será mío... y una luminosa hermana Lucila! ¿Qué buena de bellota y de conde? Poco le de valer si no consigo sacar pronto todo deso que me ahoga como fuego del infierno!

Terminado su silencioso monólogo, preguntó a los dos hermanos:

— ¿Cómo ocurrió la cosa?

Anderson refirió en pocas palabras los hechos que ya conocen nuestros lectores...

En un segundo para nuestra libertad y agua para nuestra vida — acabó diciendo — dejar a Blindale sano y libre, porque el día menos pensado nos habría descubiertos y denunciado. ¡Bien muerto está! Ahora ya no acusará jamás a nadie.

— Pero apostaré las orejas que ahogará mi cara — prosiguió el handido — a que el dinero de la mina está escondido en la cabaña de los huérfanos!

— No comarito tu opinión! — se apresuró a declarar, entendiendo el asusto y solapado Waster—. Un hombre tan previsor e inteligente como Blindale, no confía una fortuna a dos criaturas indefensas y débiles, ni tampoco la esconde entre

las desconchadas paredes que las cobijan.

— Resacónmonos en esta ocasión con nuestra mala suerte, compadre. Y condenas en que los subjesos de la justicia no baranben la verdad y humeen nuestro rastro.

### III

Unos días después, seguro ya Waster de que el misterio que envolvía el asesinato del infortunado Blindale no llevaba traxas de aclararlo la justicia, decidió presentarse en la morada de los huérfanos.

Lucila, bacendosa y limpia como ella sola, se hallaba entregada a los menesteres propios de su sexo, y Lucila había salido muy de mañana, juete en su pequeño caballo, a hacer ciertas compras en la población más cercana.

Sabía esta circunstancia el malvado Waster, por haber visto pasar galopando por delante de su rancho al animoso muchacho.

— ¿Dónde está el bravo Lucila, querida niña? — preguntó el miserable.

— No creo que tarde mucho en regresar! — respondió la tiella joven.

— ¿Y no tienes miedo de quedarte aquí sola? — inquirió devorando a la cándida y linda joven con sus pupilas inflamadas de lujuria.

— ¡Miedo? ¡Ciertamente! tengo mucho miedo... sobre todo de noche!

— ¡En cuanto oscurece, una angustia sin nombre se apodera de todo mi ser! Siempre oigo percibir ruido de pasos cautelosos que se detienen junto a la puerta... y apenas si puedo conciliar el sueño.

— Desde la terrible noche en que murió nuestro protector... cualquier cosa me llena el alma de pavor...

— Fue, en verdad, la muerte del señor Blindale tan misteriosa como horrible! — dijo con acento com-

pungido el falax Waster—. ¿Es cierto que tenía que entregarnos una crecida suma de dinero?

—¡Absolutamente cierto! ¡Pero Dios le selló los labios cuando con voz agónica iba a decirnos algo de nuestra herencia! ¡Que la maldición y el castigo del cielo caigan sobre sus maladroses!...

—¿No dijo nada vuestro desdichado amigo respecto de sus asesinos?

Lucila, demasiado inocente y joven para conocer la ansiedad que ocultaba esta pregunta, o para adivinar la intención a que obedecía la misma, meneó negativamente su linda cabecita, que semejava hecha de un jirón de sol, y exhalando un profundo suspiro, declaró:

—¡No pudo decirnos más que unas pocas palabras, señor Waster!

—¿Las recuerdas?

—Sí. ¡No se me olvidarán mientras viva, lo mismo que aquella horrenda noche!—dijo la bella criatura.

—¡Repítelas, repítelas!—invitó el ranchero, que en aquel instante comparóse para sus adentros, con una alegría abominable, a un ogro que hubiese entrado en la morada de un hada encantadora y codiciada.

Lucila no se hizo repetir el cuento, y con su dulce voz, que semejava el arpegio de un laúd divino, sus rojos labios balbucearon las últimas palabras del moribundo Blindale.

Siguió un corto silencio.

Monstruosos pensamientos se atropellaban en el infernal cerebro de Waster.

De pronto aferró su manaza y, apoderándose de la de la infanta huérfana, le dijo con torpe lenguaje y los ojos brillantes como acuas:

—Lucila... niña querida... vives muy sola y desamparada... eres muy joven... y sin duda te amenazan peligros en los que tú no pien-

sas siquiera. ¡Yo velaré por ti... yo te protegeré!...

Suavemente intentó atraer hacia sí el cuerpo virginal de la muchacha, cuyo contacto y calor lo atraía...

Lucila resistióse instintivamente...

Y sólo Dios sabe cómo habría terminado aquel diábolo, que ya sin duda comenzaba a horrorizar al ángel de la inocencia, si no le hubiera puesto fin la alegre voz de Luisín, que regresaba.

Cuando el muchacho divisó a Waster una mueca de disgusto contra su rostro.

El llamado sueto se había puesto en pie, y seguidamente se desdichó de los dos huérfanos, multiplicando en su interior el inoportuno regreso del valiente Luisín.

—¿Qué ha venido a hacer aquí ese hombre, Lucila? le preguntó a su hermana apenas se quedaron solos.

—Me ha ofrecido su amistad y protección!

—¿Me haría más del diablo que de ese puerco, hermano! ¡Desconfía tu hermanita de él!

—¿Por qué?

—Es un hombre malo!

Y cambiando de conversación enérgica del interior de la americana una carta diciendo:

Me he encontrado al cartero en el camino.

—¿Una carta!—exclamó Lucila con curiosidad—. ¿Quién puede escribirnos?

—¡Ahora lo sabremos!—dijo Luisín, rompiendo el sobre y sacando la misiva legítima.

«Si existís en algo la vida, marchaos pronto a otra parte.»

—¡Reina y Madre de Misericordia!—balbucearon los temblorosos labios de Lucila—. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué hacer, Luisín? Ese aviso me lo envía un amigo desconocido. ¡Y debemos obedecer



en comiso! ¡De lo contrario, el muchacho acabará por matarme!

— ¡Esperaremos unos días!

— ¿Por qué esperar, Luisín?

— Se me ocurrió una idea... Además de esta misiva, el cartero me entregó una postal de Tom Tyler. ¡Léela!

Y entregó una cartulina a su hermana, que leyó en voz alta:

«Envío un afectuoso saludo a mi pequeño amigo Luisín Roberto.

«TOM TYLER.»

— ¿Qué te parece? — exclamó el muchacho con el rostro radiante de alegría y espondido de orgullo.



La lucha entre dos bandidos.

¡Tom Tyler, el famoso artista de los puños de hierro, se acuerda de mí y me llama amigo suyo! ¡Yo creo que si le enterásemos de lo que nos ocurre... acudiría en



Aunque atada su poderosa figura.



Luisín vencerá pronto...

nuestra ayuda, querida hermanita!

— ¡No deliras, no sueñas, Luisín! ¡Tom Tyler ni siquiera nos conoce!

— ¡Y eso qué impor-

ta? Yo le escribí y va ver como ha contestado. ¡Es muy bueno, muy fuerte, muy valiente! Le gusta auxiliar y defender a los débiles...

— ¡Somos demasiado pobres, demasiado insignificantes... y Tom Tyler un artista demasiado rico, demasiado célebre! ¿Qué le importan a él nuestras oscuras y agobiadas vidas?

IV

Tom Tyler, el artista de cuerpo atlético, patido en acero, que en Hollywood imponía la ley contundente y convincente del puñetazo, tenía un corazón noble y bueno, y un alma generosa, grande y heroica.



Le enseñó su revólver...



— ¡Aquí te quedas...!



Unos días después de los hechos que hemos referido, se hallaba ensayando el papel que le correspondía en cierta película, y tan a lo vivo representaba la ficción, que sus demás compañeros tenían verdadero miedo de ponerse al alcance de sus formidables puños.

Uno de éstos, sobre los cuales dejó caer Tom Tyler su zarpa con alguna fuerza, exclamó:

— ¡Imposible trabajar con usted, Tom Tyler! ¡Porque pega usted tan fuerte que nos romperá a todos los huesos! Por mi parte, preferiría habérmelos con el mismo Dempsey!

Otros artistas reforzaron esta protesta con parecidas palabras que al ateleo Tom Tyler arrancaron una risal carcajada.

— ¡Pero, amigos míos... ustedes no piensan que en la pantalla hay que hacer las cosas como si fueran de veras, con la mayor realidad posible!

De recuerdo, de acuerdo! exclamó uno de los asombrados artistas. Pero no estoy dispuesto a salir de uno de estos ensayos con la cabeza fría.

El director intervinó entonces diciendo:

Ese peligro no lo correrán ya ninguno de los compañeros de Tom Tyler en esta película, cuya última escena acaban ustedes de representar a mi mayor satisfacción.

Por lo tanto, querido Tom Tyler, podrá usted disponer de un mes de vacaciones.

El famoso se dio un prodigioso salto de alegría, exclamando alegremente:

¡Hasta la vista, muchachos! ¡Voy a aprovechar este mes de vacaciones!

Un cuarto de hora después su secretario le ponía delante un montón de cartas y postales, diciendo:

— Esta correspondencia...

Tom Tyler le interrumpió con un grito y añadió:

— Despáchela usted, amigo mío...

Yo no quiero ocuparme ni preocuparme de nada más que de divertirme. Dentro de una hora parto hacia el Valle del Oro, en donde pasaré varias semanas...

Se disponía a salir de su despacho el mimado y afortunado artista cuando su secretario exclamó:

— ¡Mire usted qué muchacha más preciosa!

Tom Tyler miró con ojos fulgurantes de admiración la bonita figura de mujer retratada.

— ¡Bellísima! — murmuró — ¡Divinamente bonita!

— Ha venido con esta carta — dijo su secretario.

Intrigado y curioso Tom Tyler se apoderó del papel que le alcanzaba su secretario, leyendo las siguientes líneas:

*«Querido señor Tyler: Muchas gracias por su retrato y su saludo. Le mando en cambio una de mi hermana. Estamos en un apuro terrible... Mi hermanita y yo no tenemos a nadie en el mundo. ¿Quiere usted venir en nuestro auxilio? Su amigo y admirador.*

— LUIGI ROBERTA.»

Medió unos momentos Tom Tyler, y de pronto, con su habitual jovialidad, exclamó:

¡Aceptado! Iré a ver qué les sucede a estos muchachos. El monte de San Bernardino no está lejos del Valle del Oro...

Al alardear del día siguiente, Tom Tyler avanzaba por el desierto blanco, en dirección del monte, a cuya falda se alzaba la rústica morada de los huérfanos.

El viento, alfombrado por una espesa capa de nieve, hacía muy fatigosa la marcha de nuestro viajero.

De pronto se cruzó en su camino a un mozo que se deslizaba ágil y silenciosamente sobre unos skis.

Tom Tyler lo detuvo extendiendo su hercúleo brazo y le preguntó:

—¿Quiere usted decirme si voy bien para llegar a la morada de los Roberts?

—Sí, señor, sigue usted buen camino. Se halla al otro lado de aquel extenso bosque de abetos, al pie del monte.

—¡Habré, pues, de andar mucho aún?

—¡Cerca de una legua!

—¿Se anda bien sobre esos chirimboles? — preguntó de pronto Tom Tyler señalando los pies.

—Perfectamente, señor. ¡Si le gustan a usted, si los quiere usted, dóme diez dólares y son suyos!

—No sé si sabré andar con *skis*. ¡No los usé nunca! ¡Pero se los compro!... Supongo que no será más difícil sostenerse en ellos que galopar sobre un pato salvaje...

El mismo vendedor le puso en los pies al artista los *skis* y, terminada su tarea, afirmó:

—¡Vea usted qué bien y fácilmente camina usted ahora sobre la nieve! Antes de media hora estará usted en casa de los Roberts.

—¿Conoce usted a esos muchachos?

—¡Sí, señor! Son huérfanos... El mayor es una guapísima muchacha de dieciséis años... y el otro es un mozábito...

—¿Buen chico...?

—Sí, buen chico... pero travieso como un diablillo.

Tom Tyler no quiso ya saber nada más y se alejó sobre los *skis* de prisa, pero con marcha vacilante e insegura y diciéndose para sus adentros:

—¡Qué batacazo voy a dar!

## V

Como balcón que describe en torno de la edificada paloma círculos cada vez más pequeños, el ranchero Waster había visitado a Lucila aquella mañana, aprovechando una ausencia del bravo y aviado latín.

Pero en aquella visita Lucila, re-

cordando las advertencias y consejos de su hermano, mostrábase casi huraña y con visible recelo.

El odioso personaje no sospechaba ni remotamente la verdadera causa de la fría actitud de la hermosa huérfana.

Atribuyéndola, pues, a un motivo que exacerbaba su curiosidad, la preguntó:

—¿Por qué estás hoy tan triste y pensativa, querida Lucila? ¿Te ocurre o aflige algo?

Sonrióse tristemente la pobre niña. —¿Qué podía ya afligirle y apenarla? ¡No la había aún enviado el destino bastantes desdichas?

El execrable sujeto insistió:

—¿En qué piensas? Sé franca conmigo, muchacha.

Y añadió mintiendo:

—Pues a tu padre y a mi me une una leal y profunda amistad.

—¡Piensa en que de buena gana me marcharía de aquí si tuviese dónde ir!

—¿Que no tienes dónde ir? — exclamó el propietario Waster —.

—Pues qué, Lucila, acaso yo no te he ofrecido mi amparo y protección?

—¿Por qué, pues, no vienes con tu hermanito a mi rancho? Allí vivirías los dos con sosiego y holgura, sin que os amenazase peligro alguno... amparados por mí.

Con un gran esfuerzo la bella e inocente huérfana logró disimular el horror que le causaba tan insolita invitación. No lo habría sentido mayor si la hubiesen ofrecido visitar el infierno.

Sin embargo, respondió:

—Le doy las gracias, señor Waster... pero...

—¿No acepta?

—Se lo diré a mi hermano...

—Ya te encontraría un comprador para los menegudos bienes que posees, pues supongo que lo que os debía entregar el difunto Blindale no ha llegado todavía a vuestras manos... ¿no lo habéis encontrado, verdad?



*Le asustó a Waster un tremendo puñetazo...*

—No. Nada tenemos más que las cuatro paredes que nos cubran... y la protección de Dios!

—¡Y la mía, Lucila! Y mi afecto, hondo, sincero y honrado. Porque has de saber... ¿Qué haces?— preguntó viendo que la joven se acercaba a la puerta—. ¿Huyes de mí? ¿Acaso le inspiró miedo? No agradezcas...

Lucila respondió desde el umbral:

Es que vi acercarse a un hombre.

—¿Quién?

Y el ranchero, lleno de desprecio y de ira, se apresuró a salir al exterior.

Lucila había dicho verdad.

Una arrogante y poderosa figura de hombre avanzaba sonriendo hacia la humilde morada.

Y mientras Waster lo miraba con expresión torva y sombría, Lucila,

reconociendo al recién llegado, encendido el rostro de rubor, el corazón inundado de una alegría indefinible, exclamaba:

—¡Tom Tyler!

—¡El mismo! ¿Y usted es la señorita Lucila Roberts, verdad? Su hermano Luisín me escribió enviándome un retrato de usted.

—¡Ah! ¡Desvergonzado galopín! ¿El hizo esto? ¿En cuanto vienes?

—¡No le regate usted! Al contrario, habrá de felicitarle, pues tuvo una ocurrencia feliz... ¿Y este señor quién es?

—Me llamo Waster y soy propietario de un rancho cercano. —dijo presentándose.

La aparición de Luisín distrajo a los actores de esta escena.

¡Imposible describir la alegría del muchacho apenas divisó a Tom Tyler! Pero aún fue mayor cuando este le levantó en sus robustos bra-



ros como si fuese una pluma y le dió en las mejillas dos sonoros besos, que Luisito devolvió ebrio de felicidad.

—¡Es hora de comer! ¡Prepara la mesa, Lucila, pues el señor Tyler nos hará hoy compañía!

—¡Hoy y mañana y muchos días más!—prometió el artista.

Entraron éste y los dos huérfanos bulliciosamente en la sencilla y limpia morada, sin advertir que el ranchero Waster, humillado y rechinando los dientes, se alejaba como un perro apaleado...

## VI

Aquella noche en el rancho Waster que, como ya hemos dicho, era una especie de cuartel general de los bribones de la comarca, celebraron una larga entrevista Waster y el artista Samuel Anderson.

—Ese maldito artista ha venido a frustrar mis planes!—rugió el ranchero—. ¡Pero, ay de él! (Le odio a muerte! Como intento arrebatarme a la bella huérfana, como averigüe yo que quiere llevarse-la, aquí, en el desierto blanco, hallará la muerte).

—¡No te exaltes, Waster, que las cosas no llegarán a ese extremo!—aconsejó el temible bandido.

—¡Claro que no llegarán! ¡Yo no las dejaré llegar! ¡Antes se juntaría el cielo con la tierra que dejarme robar yo ese tesoro de hermosura y de inocencia y de gracia y candor!

—Lucila ha de ser mía! No hay dinero en el mundo que valga lo que para mí valen sus caricias...

—¡Oyes, Anderson?

—¡Claro que lo oigo, y me convenzo de que estás casi loco!

—Sí, de cólera y de deseo! ¡Al pensar en que ese payaso, ese histrión, ese comedante puede ser más afortunado que yo... se me enciende la sangre... y el corazón y el alma!

—¡Calma, Waster, calma! — le

aconsejó Anderson—. Yo le prometo... librarte de ese rival...

—¿Cuándo?

—Quizás mañana... si se presenta la ocasión... (Le daremos un susto tan grande que no le quedarán ganas de volver a casa de la bella huérfana!

La ocasión a que aludía el criminal Anderson y que Waster esperaba también aprovechar, devorado por la impaciencia, la lujuria y el odio, tardaba en presentarse demasiado...

Para el artista de los puños de hierro, los días se deslizaban dulcemente en aquella rústica cabaña perdida entre el océano de nieve, llenos de felicidad y de dulzura, conversando con su pequeño amigo y la pequeña hija de divina y amada cara...

Sin embargo, el odio proseguía su obra funesta y traidora en la sombra, porque siempre había



—¡Carta de Hollywood!...

hombres tan perversos como jactanciosos en el mundo que crean que algunos destinos humanos cuya tela teje tranquilamente la Fortuna, dependen de su voluntad perversa, ambiciosa y siniestra.

A esa ralea de hombres pertenecían el ranchero Waster, el bandido Anderson y sus infames satélites.

—¡No tendremos más remedio que acabar a balazos con ese hombre!—dijo Waster a su cómplice Anderson pocas noches después—. La vida de ese maldito es mi pesadilla de todos los instantes... Y cuando menos lo pensemos, si no obramos con rapidez, ese artista de los infernos se largará con... ¡Maldición! No puedo ni pensar en ello.

—Esta noche se resolverá el asunto a tu completa satisfacción—afirmó el bandido.

—¿De veras?—exclamó Waster con su ronca voz trémula de ansiedad.

—Como te lo digo! Ahora mismo voy a darte las oportunas órdenes... ¡Ah, ah! Tom Tyler caerá en el lazo inevitablemente, como un perfecto bobo.

—Pero... ¿qué has tramado?

—Ven conmigo y lo sabrás!

Pronunciadas estas palabras, los dos miserables salieron del aposento, reuniéndose poco después con unos cuantos perillones.

A dos de ellos les dijo Anderson unas cuantas palabras en voz baja, al mismo tiempo que ponía en la mano de uno de los dos bribones una carta.

—¡La entregará al propio Tom Tyler! ¡En marcha! ¡No tenemos un minuto de tiempo que perder! Yo voy con otro amigo al *Becodo del Diablo*, por donde pasará el incauto y conchado artista sin pensar siquiera en la trampa que se le ha preparado... ¿Comprendes, Waster? ¡El golpe no puede fallar! ¡Lo tengo todo tan bien previsto y meditado!

—¿Matarás a ese hombre?—preguntó el ranchero con voz sorda y los ojos relampagueantes de ferocidad.

El bandido encogióse de hombros, respondiendo:

—No creo que me obligue a acabar con su poderosa vida a tiras de revolver! ¡No es necesario enviarlo a los infernos! Le robaremos el dinero que lleva y le dejare-

mos amarrado como un bruto a un árbol de aquel paraje.

—Pero si intenta oponer resistencia...—objetó Waster.

—¡Ah, entonces, las cosas ocurrirán de modo muy distinto a como las he calculado y mucho peor para Tom Tyler!... Entonces... ¡bah! ¡No hay que pensar siquiera en ello!

«En marcha, muchachos!»—añadió Anderson dirigiéndose a los dos emisarios—. Y cuidadlo con representación bien el sencillo papel que os asigno! ¡No olvidéis que una torpeza vuestra nos podría costar a todos muy cara! ¡Yo la castigaría corlandos las orejas como a dos bellacos!...

...

Estos abandonaron el rancho de Waster, el cual quedase conversando con su diablo compadre, sobre la infame hazaña que aquella noche iban a llevar a cabo.

Anderson dijo:

—Cuando vuelvan los mensajeros, tú puedes paperte en camino hacia la morada de los huérfanos... No te será difícil lograr que te franqueen la entrada, a pesar de ser de noche, con un pretexto cualquiera, y una vez dentro, obligar con amenazas a la guapa Lucila a seguirle como un conejo...

«Yo creo que la cosa no tiene ni peligro ni muchas dificultades... Indudablemente esos muchachos tienen el dinero que nosotros codiciamos...»

«¡Cierto que ellos lo niegan... pero esta noche... el terror les obligará a decir la verdad! ¡La mitad es mía! ¡No lo olvides, Waster!—acabó diciendo el bandido con tono algo amenazador.

—¡El lo rogan estas manos—dijo Waster—. Las fayas tocarán la parte que le corresponde! ¡No hay más que hablar!

La digna pareja continuó charlando un buen rato, ingiriendo de

vez en cuando oírse voces de  
whisky.

También se hallaban sentadas alrededor de una mesa tres personas, conversando animadamente y jovialmente aquella noche, tres personas en un modesto y polcro aposento alumbrado por la viva luz de una lámpara de acetileno.

Pero estas personas no hablaban a impulsos del odio y la ambición, no tramaban viles maquinaciones contra el prójimo.

Eran los dos huérfanos y su amigo y protector Tom Tyler, a quien las ocurrencias del pequeño Luisín le hacían reír abundantemente, con toda la hermosa alegría de la juventud.

—¿Así, pues, señor Tyler, si yo tuviese unos puños tan fuertes como los de usted, llegaría a ser un artista famoso y rico en Hollywood? Sólo una nueva cacajada aquí, respondiendo:

—¡Claro que sí, muchacho!

El muchacho contempló sus pequeñas manos y luego miró las de su huésped con expresión de cómico o ingenuo desaliento.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Lucila se estremeció, murmurando:

—¿Han llamado, verdad?

En medio de un silencio completo, resonaron dos golpes secos.

Tom Tyler se levantó de su asiento y, confiado y tranquilo, como todo hombre verdaderamente bravo, fué a abrir la puerta.

Los dos huérfanos permanecieron en la estancia que caldeaba el fuego de la chimenea y pudieron oír las siguientes palabras:

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren?

—¿Es usted Tom Tyler?

—Sí.

—Le traemos una carta.

Luego vieron aparecer la arrogante y podrosa figura del artis-

ta con una hoja de papel en la mano, cuyo contenido siguiente leyó en voz alta:

*«El señor Tom Tyler debe venir inmediatamente a la cavity de los guardas para tener una conferencia telefónica con Hollywood...»*

—¡Prepara mi caballo, Luisín! ¿Habéis oído? ¡Me llaman con urgencia y tengo que dejáros durante un par de horas!

—¿Quizás me necesitan en Hollywood antes de transcurrido el mes de vacaciones?

—¿Nos llevará con usted, Tom Tyler?

—¡Sí, muchacho!

El travieso rapaz dió un brinco de alegría, gritando:

—¡Hurra! ¡Voy en busca de su caballo!

Y salió de la casa como una centella.

Lucila se había quedado pensativa y pálida. Un triste presentimiento oprimía su virginal y puro corazón.

—En seguida estaré de regreso, querida Lucila!—dijo el artista.

—¡Tengo un miedo horrible!—balbuceó—. ¿No sé por qué presentimiento una desgracia? ¿No se marche usted, señor Tyler?

—¡Cualquier cosa haría yo por complacerle y obedecerle, menos lo que me pide en este momento! Pero desecha tus pueriles temores, porque no correrás durante mi corta ausencia ningún peligro ni tu hermano ni tú!

La alegre voz de Luisín resonó fuera.

—¡Aquí está el caballo!

—¡Hasta pronto, querida y dulce hija!—se despidió Tom Tyler gendo hacia la puerta.

Luisín tenía el corcel por la brida, y el artista, saltando sobre su hombro, exclamó:

—En seguida estaré otra vez a vuestro lado, muchachos!

Los dos huérfanos permanecie-



ran en el umbral de su casa viendo, como se alejaba su protector al grito de su montura por el camino cubierto de nieve.

Cuando lo hubieron perdido de vista y el eco de las pisadas del caballo dejó de turbar el silencio de la noche, refugiáronse en su hogar.

Entonces la conocida voz del ranchero ordenó:

—¡Ahí! ¡muchachos, que os traigo una buena noticia!

Entonces Luisín fué a abrir la puerta y Waster apenas hubo entrado, añadió:

—¡Una buena noticia!

—¿Cuál?—inquirió el muchacho lanzando una pelota contra la pared que fué a dar sobre un jarro de cobre que había en la repisa de la chimenea, derribándolo.

—¿Qué haces, diablillo?—exclamó Lucila, pero al mismo tiempo se escapó de su garganta un arto de estorper.

Al caer al suelo, del interior del jarro salió un abultado fajó de billetes.

Waster lanzó un ruido de alegría y de triunfo.

—¡El dinero! ¡El dinero!—dijo adelantándose hacia los billetes.

Pero Luisín con la astucia de una ardilla se apoderó de él antes

no dejando en el suelo más que una hoja de papel, que el infame Waster leyó con voz tremolante:

*«Este dinero pertenece a Lucila y a Luisín Roberts. Es la parte que le corresponde de la parte de la venta de la mina de su padre y mía.»*

DANIEL BLINDALE.\*

—¡Venga acá el dinero, o le arranco el pellejo!—aulló Waster.

—¡El dinero es nuestro!—protestó Lucila retrocediendo hacia encontrar la pared, pero la vista de Waster infundióle un espanto sin igual...

Lanzó el malvado una infernal carcajada.

—¡Preciosa niña... obedeceme!... Dile a tu hermano... ¡Ah, maldito!—aulló viendo que Luisín aliviado una centena saltaba por ella como un corzo.

Mal fué habría tenido para los huérfanos aquel lance, si no se les a aparecer Tom Tyler, libre de la emboscada, que apuñó a Waster y emprendió a tirar a sus complíes.

Pocos días después regresaba a Hollywood con los dos huérfanos, hoy famosos artistas de la pantalla.

F I N

---

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

**LOS LOBOS DEL FAR-WEST**

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

---

**LAS GRANDES OBRAS MODERNAS** Publicación periódica

Calle de Londres, 188. BAILE ELONA

---

Talleres gráficos VECCHI. — Romafor. 225. — Barcelona